

## EMILIO LÓPEZ MEDINA, MAESTRO DE VIDA Y PENSAMIENTO

Emilio López Medina (Jódar, 1949) es uno de los aforistas que en las últimas décadas ha mostrado un mayor compromiso en España con el género, tanto en el orden del tiempo como en el de las obras. De hecho, salvo su pieza de teatro *Faustino* y su novela *Así reía Saturnino*, y dejando a un lado los trabajos de carácter estrictamente académico, sus libros están compuestos exclusivamente de fragmentos y aforismos, si bien muestran una articulación interna poco frecuente entre los autores actuales: no sería abusivo hablar de ellos como de *ensayos en aforismos*, dada la meditada arquitectura de los mismos y de su propio carácter temático, como veremos enseguida.

En efecto, los libros de aforismos de López Medina rehúyen el formato más implantado, el del cajón de sastre misceláneo (heredero directo del diario o cuaderno de escritor practicado por los grandes autores del pasado, desde Lichtenberg y Joubert hasta Cioran y Canetti, pasando por Renard o Valéry), para decantarse por un modelo inspirado directamente por el Nietzsche de *El crepúsculo de los ídolos*, y deudor lejano del *Tractatus* de Wittgenstein y emparentado con las propuestas, en nuestro país, de un Wagensberg. De hecho, su vocación demostrativa se plasma en forma de capítulos y secciones en los cuales el autor se esmera en proceder, de un modo casi silogístico (aunque no desdeñando los juicios de valor de índole ética), para demostrar una decidida apuesta hermenéutica, de corte antropológico y social. Esta voluntad sintética cristaliza en su magno proyecto aforístico, la heptalogía *Las siete bestias*, en el cual se propone abordar el análisis y refutación de las grandes fuerzas que –remedando los ciclos teológicos– mueven, a su parecer, la conducta humana: el dolor, el sexo, la ambición, la ignorancia, la diversión... En estos libros el autor se esmera en desplegar una argumentación meticulosa, pero concisa y fragmentada (a veces, hasta la extenuación) de la hipótesis de partida, constituyéndose así, como se decía antes, en una suerte de monografías en torno a un único motivo.

El primero de los tomos de este ciclo singular, *El dolor* (cuya segunda edición, corregida y aumentada, aparecerá próximamente) se publicó en 2011, *La ambición* en 2013, *La ignorancia* en 2020 y *La diversión* en 2021, a los cuales seguirán otros tres volúmenes, en preparación. Aparte, también se han editado sus libros *69 aforismos porno & 96 aforismos antisexistas* (2015), *El arte jovial* (2018), *Del amor y todo lo que le es propio* (2018) y *La verdad de la belleza* (2021). Ha sido incluido en las obras colectivas *Fili mei. Los aforistas y la paternidad* (2018), *Juega o muere. Los aforistas y lo lúdico* (2019), *La sonrisa de Nefertiti* (2020), así como en *el Anuario del Aforismo Español 2018*. Figura en las antologías *El cántaro a la fuente. Aforistas españoles para el siglo XXI* (2020), *Espigas en la era. Micropedia de aforistas españoles vivos* (2020) y *Tierra de aforistas. Andalucía y el género más breve* (2021).

Para comprender la naturaleza de la escritura fragmentaria de López Medina, resultará de utilidad atender a lo que el autor declaró en una entrevista concedida a El Aforista en torno a su particular *filosofía de la composición*. Decía lo siguiente:

El aforismo nace, al menos en mí, como una intuición que suele ocurrir al modo de una visión más o menos lógica, más o menos emocional: como un destello de comprensión de una realidad que surge espontáneamente y a veces en los momentos y situaciones más inopinados (en el cuarto de baño, conduciendo, paseando o discutiendo), pero también leyendo mucho... Es impredecible la situación. El principio general es respetar esa primera intuición porque conserva todo el frescor y la fuerza de la espontaneidad, salsa del aforismo. Ocurre, naturalmente, que esa espontaneidad a veces lleva mucha broza y adherencias espurias, y se presenta un poco a las bravas. Entonces es necesario un trabajo de pulimento. Pero siempre con cuidado de que no pierdan esa rotundidad y vigor prístino con que nacen. Donde sí que realizo una labor muy concienzuda y tediosa, que me lleva mucho tiempo –quizás más que componerlos–, es en la de prepararlos y ordenarlos para su publicación. Y ello porque no puedo evitar –quizás por temperamento, quizás por deformación del ejercicio de la filosofía– presentarlos estructurados y vertebrados de manera que todo el conjunto tenga un sentido o, si se quiere, una unidad.

Esta obsesión por la vertebración estructural y la unidad choca frontalmente con la vocación del aforismo posmoderno, el cual, por propia elección, ha desechado la ambición de alcanzar ninguna clase de síntesis acerca de la realidad. La desconfianza respecto a la razón de los aforistas del siglo XXI no encuentra eco en López Medina: por el contrario, el autor confía en la capacidad del hombre para captar por sus propios medios la estructura esencial del mundo y del hombre, en la línea del proyecto ilustrado, si bien se distancia de éste en cuanto a su valoración privilegiada de sus aspectos más sofisticados. Así, y tal como se manifiesta en *Del amor y todo lo que le es propio*, y en general en todos sus libros de un modo más o menos constante, las pasiones (¡también las bajas, por supuesto) serían para López Medina las que tomarían el timón de la conducta individual, mofándose de nuestras pretensiones por domeñarlas; en este sentido, su maestro sería, sin duda alguna, La Rochefoucauld, quien no sólo no se hacía ilusiones acerca de la auténtica naturaleza humana, sino que ni siquiera se esforzaba por hacérselas. Tampoco hay que desdeñar en el pensamiento de nuestro autor la impronta de Baltasar Gracián, del cual se manifiesta heredero, si bien en el caso de López Medina el valor del *ingenio* queda ciertamente relegado frente a otros, como pueden ser la autonomía del criterio o la capacidad para aceptar las propias limitaciones.

En cuanto a su propia praxis literaria, López Medina se declaraba, en una entrevista concedida a la revista *Culturamas*, como un abolicionista de los géneros, en los siguientes términos:

De pensamiento y obra soy un abolicionista de las fronteras entre los diversos géneros. Creo que circunscribir la escritura a un formato prefijado es constreñir la expresión con unos corsés que quizás para la crítica literaria son cómodos en sus clasificaciones, pero que no representan ese devenir libre, versátil y lleno de matices de la consciencia, que es una y donde esos compartimentos no existen: el

lenguaje que expresa los contenidos de esa consciencia es también uno y como tal no debería descuartizarse en esos módulos estandarizados. Toda expresión sobre el mundo y la vida –en mi caso, expresión filosófica– no tiene por qué ajustarse a unos moldes o estilos preestablecidos, como sería el lenguaje del ensayo, por ejemplo: toda expresión que tenga una intención filosófica (y toda expresión sobre el mundo lo es) se constituye en un lenguaje que manifiesta una idea sobre el mundo, sea proferido de la forma más vulgar en la barra de un bar o de la manera más sofisticada en un tratado de Metafísica. Pues bien, esto que digo puede extenderse a todos los géneros: la expresión sobre el mundo y la vida puede comunicarse en forma de aforismos sueltos, en forma de aforismos encadenados al modo de Gracián, en forma de novela, en forma de poema, o en lenguaje y esquema teatral, etc.

Esta dimensión vital de su quehacer aforístico –frente a otras opciones, más orientadas a lo lúdico o a lo lírico– resulta fundamental en López Medina: escribe para entender, y entiende para vivir pues, como advertía el propio Gracián, “no se vive si no se sabe”. Alcanzar la comprensión, ni que sea parcial y/o provisional, nos habilita como auténticos humanos, quienes, a diferencia de otros seres vivos, no sabemos (¡ni queremos!) conformarnos con una vida desprovista de sentido. A propósito del compromiso entre vida y escritura, un binomio que por desgracia se rompe con demasiada frecuencia en nuestra sociedad, Javier Recas decía, en su prólogo a *La ignorancia*:

Emilio López Medina escribe por necesidad, o dicho de un modo grandilocuente, pero filosóficamente relevante, porque es su manera de estar en el mundo, de expresar lo que siente y piensa de la vida, (ambas cosas están indisolublemente unidas): “Estar pensando es estar sintiendo”, afirma. Por ello, su escritura no está adulterada por exigencias académicas o comerciales: se justifica por sí misma, y, hacia fuera, le basta con el pago de la lectura de compañeros de viaje, de esos que se reconocen transitando por las mismas veredas. Al fin y al cabo, como escribiera Wittgenstein en el prólogo a su famoso *Tractatus*, sólo comprendemos de verdad a quienes han tenido pensamientos parecidos a los nuestros.

Esta dimensión vital de la filosofía no me parece baladí. Frente a otros aforistas, que parecen practicar el género, bien por puro esnobismo, bien por mera pereza literaria, López Medina practica la escritura fragmentaria por una compromiso ético con la verdad y con la vida: las afirmaciones categóricas están fuera de lugar porque ya sabemos demasiado de demasiados asuntos como para aspirar a sentar cátedra. Y aun así... aun así, el autor no desiste de su ambición intelectual que, en consonancia con los grandes autores del pasado, le empuja a buscar “luz, más luz”, aunque sea al precio de perder la vista en el empeño. Esta ambivalencia entre una modestia consciente y una magna aspiración vocacional desemboca en unas obras plagadas de hallazgos, de las cuales podemos extraer valiosas lecciones de carácter filosófico, pero también existencial. Es por ello que podemos permitirnos hablar de Emilio López Medina como de un auténtico maestro de pensamiento, vale decir: de Vida, en mayúsculas.

*José Luis Trullo*